

se encuentra esta pieza, el estar escrita en una lengua extraña y el mérito que en sí tiene, me indujeron á volverla á su lengua primitiva, aproyechando esta oportunidad que se presentaba para su publicación. Al traducirla he procurado imitar en lo posible el estilo de los escritores de aquel siglo, para dar á la traducción el aire de antigüedad que hoy tendría el original de Pedro Sancho, si habiese llegado hasta nosotros.

México, Diciembre 31 de 1849



RELACION

De lo sucedido en la conquista y pacificación de estas provincias de la Nueva Castilla, y de la calidad de la tierra, después que el capitán Hernando Pizarro se partió y llevó á Su Magestad la relación de la victoria de Caxamalca y de la prisión del Cacique Atabalipa (1)

§ I.

[De la gran cantidad de plata y oro que se trajo del Cuzco, y de la parte que se envió á S. M. el emperador por el quinto real: de cómo fué declarado libre el Cacique preso Atabalipa de la promesa que les había hecho de la casa llena de oro por rescate: y de la traición que el dicho Atabalipa meditaba contra los españoles por la cual le hicieron morir.]

Partido que hubo el capitán Hernando Pizarro con los cien mil pesos de oro y cinco mil marcos de plata que se mandaron á Su Magestad por su real quinto, de allí á diez

[1] El título de la traducción italiana, dice al pie de la letra: *Relatione per sua Maesta di quel che nel conquisto*

ó doce días llegaron los dos españoles que traían el oro del Cuzco y al punto se fundió una parte de él porque eran piezas pequeñas y muy finas, y montó á la suma (2) de quinientas y tantas planchas de oro arrancadas de unas paredes de la casa del Cuzco, y las planchas más pequeñas pesaban cuatro ó cinco libras cada una y otras chapas de diez ó doce libras, con las cuales estaban cubiertas todas las paredes de aquel templo: trajeron también un asiento de oro muy fino, labrado en figura de escabel que pesó diez y ocho mil pesos. Trajeron asimismo una fuente toda de oro, muy sutilmente labrada que era muy de ver, así por el artificio de su trabajo como por la figura con que era hecha, y la de muchas otras piezas de vasos, ollas y platos que asimismo trajeron. De todo este oro se juntó una cantidad que subió á dos millones y medio, que reducido á oro fino vino á ser un millón trescientos veinte y tantos mil pesos, de lo que se sacó el quinto para S. M. que fueron doscientos sesenta y tantos mil pesos. De pla-

& pacificatione di queste prouincie della noua Castiglia è successo, & della qualità del paese dopo che il Capitano Fernando Pizarro si parti & ritorno à sua Maesta. Il raporto del conquistamento di Caxamalca & la prigione del Cacique Atabalipa. Del contexto de la relación se deduce que hay error en la puntuación de este título, y que debe traducirse conforme se lee arriba.

[2] Así el original, pero se nota que falta aquí algo para completar el sentido.

ta se hallaron cincuenta mil marcos, de los cuales tocaron á S. M. diez mil; y se entregaron al tesorero de S. M. los ciento y sesenta mil pesos y cinco mil marcos de plata, porque, como se ha dicho, los cien mil (3) pesos restantes y los cinco mil marcos de plata los llevó Hernando Pizarro para ayuda de los gastos que Su Magestad Cesarea hacía en la guerra contra los Turcos enemigos de nuestra Santa Fe, según se decía. Todo el resto fué dividido entre los soldados y compañeros del Gobernador, el cual dió á cada uno según lo que en su conciencia y en justicia pensaba que merecía considerando los trabajos que había pasado y la calidad de la persona, todo lo cual hizo con suma diligencia y con la mayor presteza posible, para partirse de aquel lugar é irse á la ciudad de Xauxa. Y porque entre aquellos soldados había algunos que eran viejos y ya más propios para el descanso que para la fatiga y que en aquella guerra habían trabajado y servido mucho, les dió licencia para que se volbiesen á España, con cuya humanidad lograba que volviendo éstos diesen mejor testimonio de la grandeza y riqueza de la tierra, de manera que acudiese gente bastante para que se pobla-

[3] El original, que así llamaré á la traducción italiana *cinque mila*; pero es errata manifiesta.

se y acreciese; porque en verdad siendo la tierra grande y llena de naturales, los españoles que en ella había entonces eran pocos para conquistarla, mantenerla, poblarla; y aunque habían hecho y obrado grandes cosas en la conquista de ella, fué más bien por la ayuda de Dios que en todo lugar y ocasión les dió victoria, que por fuerzas y medios que tuviesen para lograrla; con cuyo auxilio contaban les sostendría en lo de adelante.

Hecha aquella fundación, el Gobernador mandó que el notario extendiera una escritura, en la cual daba por libre al cacique Atabalipa y le absolvía de la promesa y palabra que había dado á los españoles que lo prendieron de la casa de oro que les había otorgado; la cual escritura hizo pregonar públicamente á son de trompetas en la plaza de aquella ciudad de Caxamalca, notificándola también al dicho Atabalipa por medio de una lengua, (4) y asimismo declaró en el propio pregón, que porque convenía al servicio de S. M. y á la seguridad de la tierra, quería mantenerlo preso con buena guarda, hasta tanto que llegaran más españoles con que se asegurase mejor, pues estando libre y siendo él tan gran señor y te-

[4] Intérprete.

niendo tanta gente de guerra, y que todos le temían y obedecían, preso como se hallaba, aunque estaba á trescientas leguas, no podía menos de hacerlo así para quitarse de toda sospecha; tanto más que muchas veces se había tenido por cosa cierta, que había mandado juntar gente de guerra para acometer á los españoles: la cual, como luego se dirá, la había juntado y puesto en orden con sus capitanes, y sólo se dilataba el efecto por la falta de su persona y de su general Chilichuchima, que estaba asimismo preso. Pasados algunos días, ya que los españoles estaban á punto de partirse para embarcarse y volver á España, y el Gobernador alistaba la demás gente para salir de Xauxa, Dios Nuestro Señor que con su infinita bondad guía y encamina las cosas para que todo sea en mayor servicio suyo, como será, habiendo en esta tierra españoles que la habiten, y hagan venir en conocimiento *del verdadero* Dios á los naturales de la dicha tierra, para que Nuestro Señor sea siempre alabado y conocido de estos bárbaros y ensalzada su Santa Fe, permitió que se descubriese y trastornase el mal propósito que tenía este soberbio tirano en satisfacción de las muchas buenas obras y buen tratamiento que siempre del gobernador y de cada uno de los españoles de su

compañía había recibido; cuya recompensa, según su intento, había de ser de la suerte y manera que solía darla á los caciques y señores de la tierra, mandándolos matar sin culpa ni causa ninguna. Pues sucedió que volviéndose á España nuestros soldados licenciados, viendo él que se llevaban consigo el oro sacándolo de su tierra, considerando que poco há era tan gran señor que tenía todas aquellas provincias con sus riquezas sin contradicción alguna, y sin considerar las justas causas por las cuales le habían despojado de ellas, había dado orden que cierta gente que por mandato suyo se había juntado en la tierra de Quito, viniera á acometer á los españoles que estaban en Caxamalca una noche á una hora concertada, por cinco partes, asaltándolos en sus cuarteles y prendiendo fuego por todas partes donde pudiesen. Andaban en aquel tiempo fuera de Caxamalca treinta españoles y más que eran idos á la ciudad de San Miguel para embarcar el oro de S. M., y creyendo que por ser éstos asimismo pocos les podría matar con facilidad antes que pudieran juntarse con los de Caxamalca, (5) de lo cual se hubo larga información de muchos caciques y de sus mismos principales, que todos sin temer tormentos ni

[5] Parece que falta aquí algo.

amenazas, voluntariamente dijeron y confesaron esta conjuración: cómo venían á la tierra cincuenta mil hombres de Quito y muchos Caribes, y que en todos los confines de aquella provincia había gente armada en gran número; que por no hallarse mantenimientos para toda así junta, se había dividido en tres ó cuatro partes, y que todavía esparcidos de esta manera eran tantos, que no hallando con que sustentarse cogían su maíz verde y lo secaban para que no les faltasen vituallas. Sabido todo esto, y siendo ya para todos cosa pública y clara que en sus ejércitos decían que venían para matar á todos los cristianos, viendo el gobernador en cuanto peligro estaba el gobierno y todos los españoles, para poner remedio en ello aunque le dolía mucho venir á tal término, vista sin embargo la información y proceso hecho, habiendo juntado á los oficiales de S. M., y á los capitanes de su compañía, y á un Doctor que entonces estaba en este ejército, y al padre Fray Vicente de Valverde, religioso de la orden de Santo Domingo enviado por el Emperador nuestro Señor para la conversión y doctrina de las gentes de estos reinos; después de haberse disputado y discurrido mucho sobre el daño ó provecho que podría seguirse de la vida ó muerte de Atabalipa, se resolvió

que se hiciese justicia de él: y porque así lo pidieron los oficiales de S. M. y el doctor juzgó ser bastante la información, fué al cabo sacado de la prisión en que estaba y á son de trompeta que publicase su traición y alevosía, fué llevado al medio de la plaza de la ciudad y atado á un palo, mientras el religioso lo iba consolando y enseñándole por medio de una lengua las cosas de nuestra fe cristiana, diciéndole que Dios había querido que fuese muerto por los pecados que había cometido en el mundo, y que debía arrepentirse de ellos, y que Dios le perdonaría si lo hacía así y se bautizaba al punto. Movido él de estas razones pidió el bautismo y se lo dió al instante aquel reverendo padre, que le ayudó mucho con esta exhortación; de tal manera que aunque estaba sentenciado á ser quemado vivo, se le dió una vuelta al cuello con un cordón (6) y de este modo fué ahogado: mas cuando vió que se lo ponían para matarle, dijo que recomendaba al Gobernador sus hijos pequeños, que los tomase consigo; y con estas postreras palabras y diciendo por su ánima los españoles que le rodeaban el credo, fué de pronto ahogado. Dios lo tenga en su santa gloria, pues murió arrepentido de sus culpas y con la verdadera fe de cristiano.

[6] *Se gli diede vna storta col mangano al collo.*

Después de haber sido ahogado de esta manera, en cumplimiento de la sentencia se le arrimó fuego de modo que se le quemara alguna parte de la ropa y de la carne. Aquella noche (porque murió ya tarde) quedó su cuerpo en la plaza para que todos supieran su muerte, y á otro día mandó el Gobernador que todos los españoles asistieran á su entierro, y con la cruz y demás religioso aparato fué llevado á la iglesia y enterrado con tanta solemnidad como si hubiera sido el primer español de nuestro campo. De lo cual todos los principales señores y caciques que lo servían recibieron gran contento, considerando la grande honra que se le hacía, y por saber que por haberse hecho cristiano no fué quemado vivo, y que fué enterrado en la iglesia como si fuera español.

§ II

(Eligen por señor del estado de Atabalipa á su hermano Atabalipa, (7) en cuya coronación se guardaron las ceremonias, según la usanza de los caciques de aquellas provincias. Del vasallaje y obediencia que ofrecieron Atabalipa y otros muchos caciques al Emperador).

Hecho esto mandó el gobernador que al punto se juntasen en la plaza mayor de

(7) Este *Atabalipa* de que aquí se habla parece ser Toparca.

aquella ciudad todos los caciques y señores principales que vivían entonces en ella en compañía del señor muerto, que eran muchos y de lejanas tierras, para darles otro señor que los gobernara en nombre de S. M. por estar acostumbrado hacía largo tiempo á dar siempre obediencia y tributo á un solo señor, que de no ser así resultaría gran confusión, porque cada uno se alzara con su señoría, costara gran trabajo traerlos á la amistad de los Españoles y al servicio de S. M.: por esto, y por otras muchas razones los hizo juntar el Gobernador, y hallándose entre ellos un hijo de Gucunacaba (8) llamado Atabalipa hermano de Atabalipa, á quien tocaba por derecho el reino, dijo á todos que ya veían cómo Atabalipa había muerto por la traición que había concertado contra él, y puesto que todos habían quedado sin señor que les gobernase y á quien obedecer, él quería darles un señor que les contentara á todos y que éste era Atabalipa que tenían allí presente, al cual pertenecía legítimamente aquel reino, como hijo de aquel Gucunacaba á quien tanto habían amado, que era persona joven que les trataría con mucho amor, y tenía harta prudencia para gobernar aquella tie-

[8] Huayna Capac.

rra; que sin embargo mirasen si lo querían por señor, que se los daría, y que de no, ellos nombrasen otro, que con tal de que fuese capaz, él se los daría *por señor*. Ellos respondieron, que pues Atabalipa era muerto, obedecerían á Atabalipa ó á cualquier otro que les diese, y así se dispuso que á otro día se le prestase obediencia de la manera acostumbrada. Venido el día siguiente se juntaron de nuevo todos delante de la puerta del gobernador, donde se puso el cacique en su asiento y cerca de él todos los demás señores y principales, cada uno por su orden; y hechas las ceremonias debidas, cada uno vino á ofrecerle un plumaje blanco en señal de vasallaje y de tributo, que ésta es costumbre antigua entre ellos desde que esta tierra fué conquistada por estos Cuzcos. (9) Hecho esto cantaron y bailaron haciendo una gran fiesta, en la cual el nuevo cacique rey no se vistió ninguna ropa de precio, ni se puso borla en la frente como solía traerla el señor muerto. Y preguntándole el gobernador por qué hacía esto, dijo que era costumbre de sus antepasados cuando tomaban posesión del señorío, hacer duelo por el cacique muerto y pasaban tres días ayunando en-

[9] Cuzcos llama Pedro Sancho á los Incas, y lo mismo el secretario Xerez y otros escritores antiguos.

cerrados en una casa, y después salían fuera con mucha honra y solemnidad y hacían gran fiesta, por lo cual él quería hacer lo mismo y estar dos días ayunando. El Gobernador le respondió, que pues era costumbre antigua la guardase, y que luego le daría muchas cosas que el Emperador nuestro señor le mandaba que le dijera á él y á todos los señores de aquellas provincias; y luego se puso el cacique á su ayuno en un lugar apartado del consorcio de los demás, que era una casa que le habían aparejado para este efecto desde el día que le fué notificado por el Gobernador, la que estaba cerca de su alojamiento; de lo cual quedaron muy maravillados el dicho Gobernador y los demás Españoles, viendo cómo en tan breve espacio habían hecho una casa tan grande y buena. En ella se estuvo encerrado y retraído, sin que nadie le viera ni entrara á aquel lugar, salvo los criados que le servían y le llevaban la comida, ó el Gobernador cuando le quería mandar alguna cosa. Acabado el ayuno salió fuera ricamente vestido y acompañado de mucha gente, caciques y principales que lo aguardaban, y adornados todos los lugares donde había de asentarse con cojines de gran precio y puestos bajo de los pies paños de corte. Se asentó junto á él Calichu-

chima, el gran capitán de Atabalipa que le conquistó esta tierra, como se cuenta en la relación hecha de las cosas de Caxamalca (10) y junto de él el capitán Tice, uno de los principales, y de la otra parte ciertos hermanos del señor, y seguían de uno y otro lado, otros caciques y capitanes y gobernadores de provincias y otros señores de grandes tierras, y finalmente no se asentó aquí ninguna persona que no fuese de calidad; y comieron todos juntos en el suelo, que no usan otra mesa, y después de haber comido, dijo el cacique quería dar la obediencia en nombre de S. M. como la habían dado sus principales. El Gobernador le dijo que hiciera como le pareciera y luego le ofreció un plumaje blanco que sus caciques le habían dado, diciéndole que se lo presentaba en muestra de obediencia. El Gobernador lo abrazó con mucho amor y lo recibió, diciéndole que cuando quisiera le diría las cosas que tenía que decirle en nombre del Emperador, y quedó concertado entre los dos que se juntarían otra vez para este efecto el día siguiente. Llegado se presentó en la junta el Gobernador vestido lo mejor que pudo con ropa de seda, acompañado de los oficiales de S. M. y de

(10) Por esto se advierte que el secretario Sancho tenía enviadas otras *relaciones* á España.

algunos hidalgos de su compañía, que asistieron bien vestidos para mayor solemnidad de esta ceremonia de amistad y paz, y á su lado hizo poner el alférez con el estandarte real. Luego el Gobernador fué preguntando á cada uno por su orden cómo se llamaba y de qué tierra era señor, y mandó que lo fuese notando su secretario y escribano, y serían hasta cincuenta caciques y señores principales. Encarándose después con todos ellos les dijo que el emperador D. Carlos nuestro señor de quien eran criados y vasallos los españoles que estaban en su compañía, le había enviado á aquella tierra para darles á entender y predicarles cómo un solo Señor Criador del cielo y de la tierra, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y uu solo Dios verdadero, los había criado y les daba la vida y el sér, y hacía nacer los frutos de la tierra con que se sustentaban, y á este fin les enseñara lo que habían de hacer y de guardar para salvarse; y cómo por mano de este nuestro señor Dios todopoderoso y de sus vicarios que dejó en la tierra, porque él subió al cielo donde ahora habita y será glorificado eternamente, fueron dadas aquellas provincias al Emperador para que se hiciera cargo de ellas, el cual le mandaba para que los doctrinase en la fe cristiana y los piesu-

ra bajo su obediencia; y que todo lo tenía por escrito á fin de que lo escuchasen y cumpliesen, lo cual les hizo leer y declarar palabra por palabra por medio de un intérprete. Luego les preguntó si lo habían entendido bien y respondieron que sí, y que pues les había dado por señor á Atabalipa ellos harían todo lo que les ordenara en nombre de S. M., teniendo por señor supremo al Emperador, y después al Gobernador y después á Atabalipa, para hacer cuanto les mandara en su nombre. Luego al punto tomó el Gobernador en las manos el estandarte real el cual levantó en alto tres veces, y les dijo que como vasallos de la Magestad Cesarea debían hacer ellos lo mismo, y al punto lo tomó el cacique y después los capitanes y los otros principales y cada uno lo alzó en alto dos veces: luego fueron á abrazar al Gobernador, el cual los recibió con mucha alegría por ver su pronta voluntad y con cuánto contento habían oído las cosas de Dios y de nuestra religión. El Gobernador quiso que de todo esto se pusiese testimonio por escrito, y acabado, el cacique y los principales hicieron grandes fiestas, de manera que todos los días había holgorio y regocijo en juegos y convites que de ordinario se hacían en la casa del Gobernador.

§ III

Trayendo una nueva colonia de españoles para poblar en Xauxa tienen nueva de la muerte de Guaritico (11) hermano de Atabalipa. Después que pasaron la tierra de Guamachucho, Adamalch, (12) Guaiglia, (13) Puerto Nevado, y capo Tambo, (14) entienden que en Tarma les aguardan para acometerles muchos indios de guerra, por lo cual echan prisiones á Calichuchima, y siguiendo intrépidos su viaje van á Cachamarca (15) donde hallan mucho oro.

En este tiempo acabó de repartir entre los españoles de su compañía el oro y la plata que se hubo en aquella casa, y Atabalipa dió el oro de los quintos reales al tesoro de S. M. el cual hizo cargar para llevarlo á la ciudad de Xauxa donde pensaba fundar colonia de españoles por las noticias que tenía de las buenas provincias comarcanas y de las muchas ciudades que había todo al rededor de ella. Hizo asimismo poner en orden los españoles y proveerles de armas y otras cosas para la jornada, y venido el tiempo de la partida les dió naturales que les llevasen su oro y sus cargas.

[11] Este Guaritico sólo puede ser *Huascar Inca* hermano mayor de Atahuallpa, aunque no le convienen algunas cosas que Sancho refiere de Guaritico.

[12] Andamarca.

[13] Huaylas.

[14] Cajatambo.

[15] Cajamarquilla (?)

Antes de partirse habiendo entendido la poca gente que había en la ciudad de San Miguel para poder mantenerse en ella, sacó de los españoles que había de llevar consigo diez soldados de á caballo con un capitán, persona de mucho recaudo; al cual mandó que se fuese para aquella ciudad y se mantuviera en ella hasta que llegasen navíos con gente que la pudiera guardar, y que luego se volviese á Xauxa donde él iba á asentar un pueblo de españoles, y fundir el oro que llevaba, prometiendo que les daría todo el oro que entonces les tocara con tanta puntualidad como si se hallaran presentes, porque su vuelta era muy necesaria, siendo aquella la primera ciudad donde se había de poblar y dejar colonia de españoles por la Majestad Cesárea, y la principal porque en ella se habían de recoger y recibir los navíos que viniesen de España para aquella tierra.

De esta manera se partieron con la instrucción que el Gobernador les dió de lo que habían de hacer en la pacificación de la gente de la comarca. El Gobernador se partió asimismo después un lunes por la mañana, y en aquel día caminó tres leguas y fué á dormir á orillas de un río, donde le llegó la nueva de que un hermano del cacique Atabalipa llamado Guaritico y hermano asimis-

mo de Atabalipa, había sido muerto por unos capitanes de Atabalipa por orden suya. Este Guaritico era persona muy principal y amigo de los españoles, el que había sido mandado por el Gobernador desde Caxamalca para aderezar los puentes y malos pasos del camino. El cacique mostró sentir gran pesadumbre por su muerte, y el Gobernador lo sintió mucho porque lo quería, por ser muy útil á los cristianos. A otro día se partió el Gobernador de aquel lugar, y por sus jornadas llegó á la tierra de Guamachucho, diez y ocho leguas de Caxamalca, y habiéndose reposado allí dos días se partió para Caxamalca nueve leguas adelante, á donde llegó en tres días y descansó cuatro para que la gente reposara y recogiese bastimento para pasar á Guaiglia, veinte leguas de allí. Partido de este pueblo llegó en tres días al Puerto de Nevado el que pasó y á otro día de mañana llegó á una jornada de Guaiglia, y mandó el gobernador un capitán suyo, que fué el Mariscal D. Diego de Almagro, con gente de á caballo para que tomase un puente á dos leguas de Guaiglia, cuyo puente era fabricado de la manera que luego se dirá. Este capitán tomó el puente junto con un monte fuerte que dominaba aquella tierra. El Gobernador no tardó en llegar al puente con el res-

to de los suyos, y habiéndolo pasado partió á otro día de mañana, que fué domingo, para Guaiglia, y llegados, oyeron luego misa y después entró en ciertos aposentos buenos; y reposado allí ocho días se partió con la gente, y á otro día pasó á otro puente de criznejas que estaba sobre el dicho río, el cual pasa por un valle muy deleitable. Caminaron treinta leguas hasta donde el capitán Hernando Pizarro llegó cuando fué á Pachacamac, según se mandó larga relación á S. M. de todo lo que hizo en este viaje hasta Pachacamac y de allí á la ciudad de Xauxa y en la vuelta á Caxamalca cuando trajo consigo al capitán Chilichuchima y de otras cosas que aquí no se relatan. El Gobernador enderezó su camino, y por sus jornadas llegó á la tierra de Caxatambo. De allí se partió sin hacer más que pedir algunos Indios para que cargasen el oro de S. M. y de los soldados, y usando siempre de grande vigilancia en saber y tener noticia de las cosas que sucedían en la tierra; y con buen concierto en la gente siempre con vanguardia y retaguardia como hasta allí había hecho, temiendo que el capitán Chilichuchima que traía consigo le tramase alguna traición por la sospecha que había tenido, mucho más que en Caxatambo ni en diez leguas adelante había encontrado gen-

te alguna, ni menos se encontró en una parada que se hizo en un pueblo á cinco leguas más allá, porque toda se había huído sin que pareciese alma viviente. Llegado allí vino un Indio criado de un español, que era de aquella tierra de Pambo, distante de aquí diez leguas y veinte de la ciudad de Xauxa, del cual se entendió que se había juntado mucha gente de guerra en Xauxa para matar á los cristianos que venían: y que traían por capitanes á Incorabaliba, Iguaparro, Mortay y otro capitán, todos cuatro personas principales y que tenían mucha gente consigo, añadiendo además que en un pueblo á cinco leguas de Xauxa llamado Tarma se había puesto una parte de esta gente á guardar un mal paso que había en un monte, para cortarlo y romperlo de manera que los Españoles no lo pudiesen pasar. Informado de esto el gobernador mandó echar prisiones al capitán Chilichuchima, porque se decía por cosa cierta, que por consejo y mandato suyo se había movido aquella gente, pensando él huírseles á los cristianos é ir á juntarse con ella: de cuyos tratos no era sabedor el cacique Atabalipa, y por esto no dejaban estas gentes que ningún Indio pasara á la parte del cacique para que le pudiera dar noticia de estos trabajos. La causa porque se

habían rebelado y querían guerra con los cristianos, era porque veían la tierra ganada por los Españoles y querían gobernarla ellos. (16)

El Gobernador antes de partirse de aquel lugar envió un capitán con gente de á caballo para que tomase un puerto nevado que estaba á tres leguas y fuera á pasar la noche en unos campos cerca de Pombo y así lo hizo que pasó el puerto con mucha nieve, pero sin encontrar tropiezo alguno, y asimismo lo pasó el Gobernador sin oposición, salvo la incomodidad de la nieve que les cayó muy impetuosa. Pasaron todos la noche en aquel campo sin toldo ninguno, sobre la nieve, sin tener provisión de leña ni de vitualla. Llegados á la tierra de Pombo proveyó y mandó el Gobernador que los soldados se alojasen con el mejor orden y recaudo que se pudiera, porque tenía nueva de que los enemigos se aumentaban á

[16] El original. *La causa perche si erano ribellati... era per vedere conquistato quel paese da Spagnuoli, & volevuo commandargli.*

Si el *gli* se toma como pronombre y se refiere á *Spagnuoli* no es fácil explicar esta frase. Pero *gli* se usaba también antiguamente como adverbio de lugar por *ivi*, *la*, &c. como se advierte en este verso de Poliziano, [que murió á fines del siglo XV], citado por Barberi.

«Non s' accorge che amor *gli*
è dentro armato.»

Tomando, pues, el *gli* cómo adverbio, aquí y en otros lugares de la *relación*, desaparece la oscuridad de las frases en que se halla.

cada momento, y se tenía por cierto que aquí vendría á embestir á los Espauoles, y por eso hizo aumentar las rondas y centinelas espiano siempre los pasos de los enemigos. Después de haberse reposado allí otro día de ciertos enviados que el cacique Atabalipa había mandado para saber lo que pasaba en Xauxa, vino uno que dijo cómo la gente de guerra estaba cinco leguas de Xauxa camino del Cuzco, y venía á quemar el pueblo y todos los edificios de él, para que los cristianos no hallaran donde hospedarse y que luego querían irse la vuelta del Cuzco á juntarse con un capitán que se llamaba Quizquiz, que estaba allí con mucha gente de guerra, que había venido de Quito por mandado de Atabalipa para seguridad de la tierra. Sabido esto por el Gobernador hizo aparejar sesenta y cinco caballos ligeros, y con veinte peones que guardaban á Chilichuchima, sin estorbo de bagajes, se partió para Xauxa, dejando allí al tesorero con la otra gente guardando la cola del campo y el oro de S. M. y de la compañía. El día que se partió de Pombo caminó unas siete leguas y se fué á quedar en un pueblo que se dice Cacamarca y aquí se encontraron setenta mil pesos de oro en piezas ricas, para cuya guardia dejó el Gobernador dos cristianos de á caballo, para

que cuando la retaguardia llegara lo condujese bien guardado: luego á la mañana se partió con su gente en buen orden habida nueva de que á tres leguas de allí estaban cuatro mil hombres; y en la marcha iban siempre por delante tres ó cuatro caballos ligeros para que encontrándose con algún espía de los enemigos lo tomasen para que no diera aviso de su venida. A hora del medio día llegaron á aquel mal paso de Tarma donde decían que había gente guardándolo para defenderlo, el cual mostraba ser tan dificultoso que parecía imposible poder subirlo, porque había un mal paso de piedra para bajar al arroyo donde tenían que apearse todos los que iban á caballo, y después era preciso que subiesen á lo alto por una cuesta, y por la mayor parte *era* monte empinado y difícil que duraba como una legua, la cual se pasó sin que parecieran los Indios que se decía estaban armados. Y á la tarde, pasada la hora de visperas, llegó el Gobernador con su gente á aquel pueblo de Tarma, que por ser en mal sitio y tenerse nueva de que habían de venir á ella Indios para sorprender á los Cristianos, no quiso detenerse más tiempo que el necesario para dar de comer á los caballos y reponerlos de la hambre y fatiga pasada, para salir presto de aquel lugar

que no tenía otra parte llana sino la plaza y estaba en una pequeña ladera cercado de montañas todo al rededor por espacio de una legua. Por ser ya noche asentó aquí su campo estando siempre alerta con los caballos ensillados, y la gente sin comer, y finalmente sin refrigerio alguno, porque no tenía ni leña, ni agua, ni traían consigo sus toldos para poder abrigarse, que fué causa de que casi murieran todos de frío porque llovió mucho á prima noche, y después nevó de tal manera que las armas y ropas que traían puestas se mojaron todas. Mas cada uno se remedió lo mejor que pudo, y así se pasó aquella mala y trabajosa noche hasta que amaneció, y entonces mandó que subieran á caballo para llegar temprano á Xauxa que estaba cuatro leguas de allí, y andadas las dos, el Gobernador repartió los sesenta y cinco caballos entre tres capitanes dando quince á cada uno, y tomando consigo los otros veinte con los veinte peones que guardaban á Chilichuchima. En este orden caminaron hasta Porsi, una legua de Xauxa, habiendo ordenado á cada capitán lo que debía hacer, y todos se detuvieron en un pueblo pequeño que encontraron. Luego marcharon todos con buen concierto y dieron vista á la ciudad, y en una cuesta se pararon todos á un cuarto de legua.

§ IV

Llegan á la ciudad de Xauxa: quedan algunos guardando aquel lugar y otros van contra el ejército de los enemigos, con los cuales pelean. alcanzan victoria y se vuelven á Xauxa. No se quedan allí mucho tiempo, sino que van algunos la vuelta del Cuzco para pelear con el grueso del ejército enemigo; pero no les sale bien el intento y se vuelven á Xauxa.

Los naturales salieron todos fuera al camino para ver á los cristianos, celebrando mucho su venida, porque con ella pensaban que saldrían de la esclavitud en que les tenía aquella gente extranjera. En este sitio quisieron esperar que entrase más el día, pero viendo que no parecía ninguna gente de guerra, comenzaron á caminar para entrar en la ciudad, y al bajar aquella pequeña cuesta, vieron venir corriendo á gran furia un Indio con una lanza enhiesta, y llegado á ellos, se halló ser un criado de los cristianos, el que dijo que su amo lo enviaba á que les hiciera saber que debían darse prisa porque los enemigos estaban en la ciudad, y que dos cristianos de á caballo se habían adelantado á los demás, y habían entrado á ver los edificios que había en ella, y yendo registrándola, vieron unos veinte Indios que salían de ciertas casas

con sus lanzas y otras armas, llamando á los otros para que salieran y vinieran á juntarse con ellos. Los dos cristianos viendo-los juntarse, sin hacer caso de sus gritos ni clamores dieron sobre ellos y mataron algunos, y pusieron en huida á otros, los cuales se fueron luego á juntar con los otros que habían venido á su socorro y formaron un montón como de doscientos, á los que de nuevo acometieron los Españoles en una calle angosta y los rompieron, haciéndolos retroceder hasta la orilla de un gran río que pasa por aquella ciudad, y entonces uno de estos Españoles había enviado el Indio que he dicho con lanza enhiesta en señal de que había en la ciudad enemigos armados. Oído esto arrimaron los Españoles las espuelas á sus caballos y sin detenerse llegaron á la ciudad y entraron dentro; y encontrados sus compañeros, ellos les contó lo que les había sucedido con aquellos Indios, y corriendo los capitanes para aquella parte adonde se habían retraído los enemigos, llegaron á la orilla del río que estaba entonces muy crecido, y desde la orilla vieron de la otra banda á un cuarto de legua los escuadrones de los enemigos. Pues pasado el río con no pequeño trabajo y riesgo, se fueron para ellos. El Gobernador se quedó guar-

dando la ciudad porque asimismo se decía que dentro había enemigos escondidos. Visto por los Indios que los cristianos habían pasado el río comenzaron á retirarse, hechos dos escuadrones. Y uno de los capitanes españoles con sus quince caballos ligeros aguijó por una cuesta del collado donde estaban para ganarlo, de modo que no se pudieran retraer y hacerse fuertes allí, y los otros dos capitanes se fueron por derecho la vuelta de ellos, por junto al río y los alcanzaron en una sementera de maíz, donde los rompieron y pusieron en derrota, cogiéndolos á todos, que de seiscientos que eran no se escapaban arriba de veinte ó treinta, que tomaron el monte antes que llegara el capitán con los otros quince, y así se salvaron. Los más de ellos se recogían hacia el agua pensando salvarse en ella, pero los caballos ligeros pasaban el río casi á nado tras de ellos y no dejaban uno á vida, salvo algunos pocos que se les habían escondido en el alcance después que fueron desbaratados. Corrieron luego la tierra hasta una legua más abajo sin hallar Indio ninguno. Pues vueltos se reposaron ellos y sus caballos, que bien lo necesitaban, porque con la larga jornada hecha antes, y con haber corrido aquellas dos leguas estaban harto estropeados. Sabida la ver-

dad de qué gente fuese aquella, se halló que los cuatro capitanes y la gente estaban asentados á seis leguas de Xauxa, río abajo, y que el propio día habían enviado aquellos seiscientos hombres para acabar de quemar la ciudad de Xauxa, habiendo quemado ya la otra mitad hacía ya siete ú ocho días, y entonces quemaron un edificio grande que estaba en la plaza y otras cosas (*cose*) á vista de la gente de la ciudad con muchas ropas y maíz, para que los españoles no lo aprovecharan. Quedaron los vecinos tan enemistados con ellos que si algún Indio de éstos se metía adentro y se escondía, lo mostraban á los cristianos para que lo matasen, y ellos propios ayudaban á matarlos, y aun los habrían matado con sus propias manos, si los cristianos se lo permitieran. Informados, pues, los capitanes del lugar donde se hallaban estos enemigos y del camino, del cual habían andado parte, determinaron no encerrarse en Xauxa sino pasar adelante y dar en el grueso de gente que estaba á cuatro leguas, antes que tuviesen nueva de su venida. Con este intento mandaron que pusiesen á punto los soldados; pero no tuvo efecto su propósito porque hallaron los caballos tan cansados que tomaron por mejor partido el volver atrás, como lo hicieron. Llegados á Xauxa

refiriendo al Gobernador lo sucedido, de lo que hubo mucho contento, y los recibió con mucha alegría agradeciéndoles á todos el que se hubieran portado tan valerosamente. Y les dijo que de todos modos entendía que se fuese á acometer el campo de los enemigos, porque aunque fuesen avisados de la victoria estaba cierto que los esperarían. Al punto mandó á su maese de campo que los aposentase y les dijese que descansarían lo que les quedaba de día, y la noche hasta que saliera la luna, y que entonces se pusiesen á punto para ir á dar sobre los enemigos. Para aquella hora estuvieron en orden cincuenta caballos ligeros, que al toque de la trompeta se presentaron armados con sus caballos en el aposento del Gobernador, el que los despachó muy luego y siguieron su camino. Quedaron en la ciudad con él quince caballos con los veinte peones que hacían la guardia toda la noche con los caballos ensillados, hasta que volvió el capitán de aquella salida que fué de allí á cinco días. Contó al Gobernador todo lo que había sucedido desde que de él se partió, diciendo que la noche que salió de Xauxa caminó unas cuatro leguas antes que amaneciera, con mucha diligencia para dar en el campo de los enemigos antes que fuesen avisados de su venida; y que estando

ya cerca vieron al amanecer una gran humareda (17) en el lugar donde estaban aposentados, que serían dos leguas adelante; y así aguijó con los suyos á gran furia pensando que los enemigos avisados de su venida se le huían, y quemaban los aposentos que había en un pueblo; y así era porque se huían después de prender fuego á aquella mísera población. Llegados los españoles á aquel lugar siguieron la huella de la gente por un valle muy llano, y según que los iban alcanzando topaban, porque venían más espacio con muchas mujeres, y muchachos en la retaguardia, y dejándoselos atrás para alcanzar á los hombres corrieron más de cuatro leguas, y alcanzaron algunos escuadrones de ellos. Como una parte de ellos vió á los castellanos desde algo lejos, tuvieron tiempo de tomar un monte y se salvaron en él, y otros, que fueron pocos, fueron muertos, quedando en poder de los cristianos (que por tener los caballos cansados no quisieron subir al monte) muchos despojos suyos, y mujeres y muchachos. Y como ya era llegada la noche volvieron á dormir á una aldea que dejaron atrás, y al día siguiente determinaron estos españoles seguir su camino la vuelta de Guzco tras de los Indios

[17] El original, *un gran fumo*; pero es errata de imprenta, según se advierte por el contexto y debe leerse *fumo*.

para tomarles ciertos puentes de red y no dejarlos pasar; pero por falta de pasturas para sus caballos se vieron obligados á volverse atrás, con gran disgusto del Gobernador porque á lo menos no habían seguido hasta quitarles aquellos puentes y no dejarlos pasar la vuelta del Cuzco, porque siendo gente forastera se temía que hicieran gran daño en los vecinos de aquellos lugares.

§ V

Nombran nuevos oficiales en la ciudad de Xauxa para fundar población de españoles, y habiendo tenido nueva de la muerte de Atabalipa, con mucha prudencia y arte para mantenerse en gracia de los indios, tratan de nombrar nuevo señor.

Y por esta causa, llegadas que fueron las cargas y la retaguardia que había dejado en Pombo, echó bando de que por cuanto tenía determinado fundar en aquella ciudad población de españoles en nombre de S. M., los que quisieran avecindarse allí podían hacerlo; pero no hubo ningún español que quisiera quedarse, diciendo que mientras estuviese fuera la gente de guerra con las armas en la mano por aquella tierra, no estarían los naturales de la provincia al servicio y sujeción de los españoles y obediencia de S. M. Visto esto por el Gobernador